

---

## CONSEJO DE REDACCIÓN

*Dr. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p., Dra. Isabel Pincemin*

## COMITÉ DE REDACCIÓN

*Prof. Carola Blaquier, Mons. Eugenio Guasta,  
Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)*

*Director y editor responsable: P. Dr. Luis Baliña  
Vicedirector: Francisco Bastitta Harriet  
Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna*

# COMMUNIO

<i>Editorial</i>	<b>3</b>	<b>Las bodas de Caná</b>
<i>Joseph Ratzinger</i>	<b>9</b>	<b>El signo de Caná</b>
<i>Adalbert Rebic</i>	<b>17</b>	<b>El agua transformada en vino</b>
<i>M. Figura</i>	<b>27</b>	<b>La hora de Jesús en el evangelio de Juan</b>
<i>Juan M. Sara Albizu</i>	<b>37</b>	<b>Hans Urs von Balthasar: Fe cristiana y servicio al mundo</b>
<i>Alberto Espezel</i>	<b>55</b>	<b>Deseo y promesa</b>
<i>Tony Anatrella</i>	<b>73</b>	<b>Legislación y Género</b>
<i>M. F. Begué</i>	<b>93</b>	<b>Adiós y Gracias</b>

# EL SIGNO DE CANÁ

*Homilía del Cardenal Joseph Ratzinger  
en Fátima en la Misa de la  
Peregrinación internacional del 13 de octubre de 1996*

*“En el tercer día hubo unas bodas en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado a esas bodas, así como sus discípulos. Y no tenían vino, porque el vino de las bodas se había acabado. La madre de Jesús le dijo: “Ellos no tienen vino”. Jesús le dijo: “¿Qué quieres de mi mujer? Mi hora no ha llegado todavía”. Su madre dijo a los sirvientes: “Hagan todo lo que el os diga”. Había allí seis tinajas de piedra destinadas a las purificaciones de los judíos, y conteniendo cada una dos o tres medidas. Jesús les dijo: “Llenad de agua éstas tinajas”. Ellos las llenaron hasta arriba. El les dijo: “Sacad ahora y llevad al maestresala”. Así lo hicieron. Cuando el maestresala probó el agua convertida en vino —y no sabía de dónde venía, aunque los sirvientes lo sabían, los que habían sacado el agua— el maestresala llamó al esposo y les dijo: “Todo hombre sirve primero el buen vino y, cuando los invitados están ebrios, el menos bueno. Tú, has guardado el buen vino hasta ahora!”. Así, Jesús hizo el primero de sus milagros en Caná de Galilea y manifestó su gloria y los discípulos creyeron en Él”.*

*Juan 2, 1-11*

El Señor ofreció a los invitados de las bodas de Caná no menos de seiscientos litros de un vino sabroso a partir de seis medidas que

## *El signo de Caná*

los servidores habían llenado de agua conforme a lo que les había ordenado Jesús.

Aún teniendo presente que las bodas orientales duraban una semana entera y que reunían a todo el clan de los esposos, uno queda confrontado a una abundancia incomprensible. La abundancia, la profusión son signos por los cuales Dios se manifiesta en Su creación: Él se prodiga, crea todo el universo para hacerle un lugar al hombre. Él da la vida en una incomprensible abundancia. Y en la Redención, Él se ofrece a sí mismo, Él se hace hombre cargando toda la pobreza de la condición humana porque nada Le es suficiente, a sus ojos, para manifestar Su amor. Esta abundancia, ésta prodigalidad son la expresión de un Amor que no contabiliza, que no enumera, pero que, sin pensar en el, se da simplemente. Esta liberalidad, esta prodigalidad de Caná corresponde a la forma en la que Dios se manifiesta al hombre todo a lo largo de la historia y nos permite presentir la magnificencia, la grandeza y la inagotable bondad de Dios.

Al lado del milagro del vino, encontramos en el Evangelio, el milagro del pan a lo largo del cual el Señor sacia a miles de personas con cinco panes, y da tanto que queda un sobrante de dos canastos llenos de panes. Si el pan simboliza lo que el Hombre necesita, el vino simboliza, por su lado, otra sobreabundancia de la cual tenemos igualmente necesidad.

El vino significa la alegría y la transfiguración de la creación. Nos saca de nuestra tristeza y del cansancio de lo cotidiano y transforma nuestras reuniones en fiestas. El dilata los sentidos y el alma, suelta la lengua, abre el corazón y empuja las barreras que limitan nuestra existencia. Así el vino se convirtió en símbolo de los dones del Espíritu Santo. La tradición habla de la “embriaguez en la sobriedad” que el Espíritu nos concede, ya en el relato de Pentecostés después del cual los Apóstoles aparecían a los extranjeros como ebrios. En realidad, ellos estaban en ayunas y al mismo tiempo estaban ebrios, es decir llenos de la alegría del Espíritu Santo que les abría a una vida cuyo horizonte era extenso y les inspiraba palabras que no provenían

de ellos mismos, haciéndolos tocar así de cerca la belleza de una vida iluminada por la luz del Dios viviente.

Comenzamos así a percibir progresivamente el significado del milagro del vino que Juan describe expresamente como un signo –y por consecuencia como una realidad– que más allá del acontecimiento inmediato, nos orienta hacia otro suceso más grande todavía. El gran don hace presentir la naturaleza inagotable de la bondad de Dios, hablo de un amor que proviene de la eternidad, inconmensurable, y, por esta razón, salvífica. El milagro del vino nos ayuda así a comprender lo que significa recibir en la Fe, por la intermediación de Cristo, al Espíritu Santo, es decir una nueva grandeza, una nueva elevación y una nueva abundancia de vida.

Pero nos falta todavía ir más lejos en nuestra reflexión: como lo dijimos, el vino engendra fiesta. En el texto de nuestro evangelio, el vino está unido a la fiesta del matrimonio, a la fiesta de las bodas. El vino indica la grandeza de lo que se produce en el Matrimonio, dos personas no forman más que una gracias al amor que el Creador ha depositado en ellas, y que hace en ellas una sola carne, como dice Adán en el relato bíblico de la Creación en el momento en que Dios le presenta a la mujer y en donde su vida encuentra su plenitud.

De esta manera, sin embargo, el signo consumado en Caná designa una realidad aún más profunda: Jesús vino para conducir la naturaleza humana –la misma persona humana– a una comunión nupcial con Dios. Dios y Su creatura son consagrados a ser no una sola carne sino un solo Espíritu, como dice San Pablo. (I Corintios; 6,17). En ese pasaje Pablo expresa esa realidad afirmando que los creyentes no forman más que un solo cuerpo con Cristo, Su propio cuerpo. En resumidas cuentas, éstas bodas han sido ya celebradas en la Encarnación, en el seno de María: Dios el Hijo de Dios, tomó la carne humana, atrajo así el ser humano y, así, Jesús, verdadero hombre del Hijo de Dios eterno, no forman juntos más que una sola y misma persona.

Este matrimonio, estas bodas, que tuvieron lugar en el misterio de la Encarnación, deben extenderse todo a lo largo de la Historia

porque el Señor desea “atraer hacia Él a todos los hombres” (Juan 12, 32) para que al fin “Dios sea todo en todos” (I Corintios, 15,28). La hora a la cual Jesús hace referencia dirigiéndose a su madre es la de las bodas. Como lo dijimos, esta hora comienza con la concepción en el seno de María que alcanza su cima en esta Cruz que Juan designa siempre como el momento de la glorificación de Jesús. Sobre la Cruz, Jesús se da enteramente: “la Cruz es el acto por el cual Él se da definitiva y completamente, y que, de esta manera, nos atrae a todos en Sus brazos. Porque se trata del último y el más alto grado de amor es que la Cruz es, en toda su humillación, la hora de la glorificación: jamás en ninguna otra parte el amor de Dios se manifestó de forma tan poderosamente visible que en el momento en que el Hijo nos amó “hasta el fin” (Juan 13, 1).

Del costado abierto de Cristo fluyen la sangre y el agua –el Bautismo y la Eucaristía– es decir que es de ahí que los dos sacramentos fundamentales del cristianismo toman su origen.

La Eucaristía es el don definitivo del vino nuevo, nuevo en una abundancia y una profusión tal que a lo largo de los siglos es suficiente para todas las generaciones. Es este vino, en tanto que ofrenda real del amor de Jesús y como manifestación real de su gloria divina en medio de nosotros, que se refiere de manera anticipada el don del vino de Caná.

El episodio de Caná concluye con una frase importante en la cual el Evangelista manifiesta el sentido de lo que pasó: “Jesús rebeló su gloria y sus discípulos creyeron en Él” (Juan 2, 11). Lo que está en juego verdaderamente en Caná no es el vino, que no es más que un signo desde hace tiempo caduco y desaparecido, sino más bien la manifestación de la gloria de Jesús, el resplandor de la bondad infinita de Dios, y el despertar de la fe de los discípulos. De lo que pasó en Caná lo más milagroso es la fe de los discípulos que, más allá del acontecimiento exterior, comienzan a conocer una realidad más grande: la presencia sacro-santa de Dios en medio de nosotros.

Y hoy todavía, se trata de eso y es a partir de allí que nosotros podemos comprender la misión de María que aparece de forma bien visible en el relato de las Bodas de Caná. María no pide a dios un milagro. Efectivamente, no era todavía evidente que los milagros formaban parte de su misión. Simplemente, ella expone al Señor la dificultad a la cual son expuestos sus amigos. María confía todo en las manos de Jesús y se remite a Él y a su acción. Aún su aparente rechazo no la desanima. Su confianza en Jesús y su unidad con la voluntad de Dios quedan intactos. Ella nos enseña también que nosotros debemos de la misma forma, en nuestra relación con Dios hacer continuamente la experiencia de rechazo y no obstante continuar avanzando. “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos”. La verdad de estas palabras bíblicas las experimentamos en nuestra vida. Es importante que nos despojemos de nuestra manera de ver y que no nos abandonemos a la desilusión e incluso a la duda. De esta manera, nosotros podemos aprender a aceptar la conversión de nuestra voluntad tan a menudo extraviada con el fin de que ella se conforme a la voluntad de Dios y así se vuelva recta.

En este pasaje de las bodas de Caná uno encuentra igualmente la palabra de María a los sirvientes que, después del fiat, constituye tal vez la palabra mas bella. Al fin y al cabo, ella no es más que la puesta en práctica de ese fiat, de su sí, en unión con todos nosotros: “Hagan todo lo que Él os diga”. Esto significa para nosotros: “Conformad vuestra voluntad a la de Dios. Escuchad y estad preparados a Su llamado. Reconocedlo como el Señor que os indica el camino y os conduce con rectitud”. Es con estas palabras que ella invita y que nos invita a la fe. María no pidió el milagro del vino en tanto que el mismo, sino que ella esperaba interiormente lo que el Señor iba a hacer.

Ella recurrió a la fe e hizo posible el verdadero milagro. Es por eso que Isabel saludó a María durante su visita con estas palabras: “Bienaventurada eres porque has creído (Luc 1,45). Por su fe, ella ha abierto la puerta a la Encarnación del Verbo, a las bodas santas del dios eterno con Su criatura, el hombre. A partir de su fe, en tanto que creyente, ella es ahora, como dice la Iglesia oriental, la “con-

## *El signo de Caná*

ductora que nos lleva a la fe (*Hodegétria*) al interior mismo del misterio nupcial del amor de Cristo. Ella ha anticipado así lo esencial de lo que se produjo, y ella nos muestra el fundamento de lo que es importante de saber para siempre.

“Haced lo que el os diga”. Creed en Jesucristo el Hijo de Dios viviente. Creed con fe que Él es amor, creed con fe que él no es una simple teoría, pero que él es la vida, creed con una fe que acepta la voluntad de Dios y comprende cuando no la conocemos y cuando ella contradice nuestra propia voluntad. Creed y, en el seno de este mundo, veréis la gloria de Dios, la sobreabundancia y el resplandor de Su amor. Creed y veréis: Allí donde los otros no ven más que una cruz, una existencia perdida y un fin infame, vosotros veréis la profusión del amor sobreabundante de Dios. Su gloria que nos salva. Creed y recibiréis el vino sabroso de Su presencia en vuestra vida. Creed en Dios, y las pobres aguas de nuestra cotidianeidad, los pobres dones que nosotros ofrecemos se convertirán en el vino de su santa proximidad.

Es esto lo que nos dice María, y es a esto a lo que ella nos exhorta, acá precisamente en Fátima. Las palabras “Haced todo lo que el os diga” expresan el amor, la solicitud materna de aquella que, siendo la madre de Dios, es igualmente, por la voluntad de Cristo, nuestra Madre. Efectivamente, cuando ella estaba bajo la cruz, el Señor hizo de la madre del discípulo amado la madre de todos los discípulos de Cristo su hijo, y por consecuencia el hizo de ella nuestra madre. Como dice el último concilio: “La maternidad de María en la economía de la gracia perdura sin interrupción desde el día en que ella ha fielmente admitido lo que le era anunciado y en lo que ella se mantuvo inquebrantable al pie de la cruz hasta el cumplimiento eterno de todos los elegidos” (Lumen Gentium 62). Es lo propio de todas las madres desear y buscar el bien de sus hijos. Es por esta razón que la Gran Santa María, que es Reina, Madre de misericordia, Madre muy benévola e íntimamente asociada a la obra de su Hijo, es como nuestra madre en el orden de la gracia (Lumen Gentium 61) y conti-

nua ejerciendo su función maternal exhortándonos a cumplir la voluntad de dios, a escuchar y poner en practica las palabras de su divino Hijo. Como en Caná, sus exhortaciones, su protección y su solicitud maternal perduran a través de los siglos a favor de aquellos que “proclaman que ella es bendita de generación en generación” (Luc 1,48).

Por intermedio de los dos grandes signos de Lourdes y de Fátima, ella está con nosotros en cuanto madre de misericordia y ella nos exhorta. Ella no tiene necesidad de muchas palabras, ya que todo está dicho en esas pocas palabras impregnadas de solicitud maternal: “Haced todo lo que el os diga”. Remarquemos bien que es a los pequeños, a los humildes que María se ha dirigido, a los sin voz, a los que no cuentan en este mundo resplandeciente, lleno del orgullo que concede el saber y lleno de fe en el progreso, pero un mundo que no está menos abandonado a la destrucción, el miedo, y la desesperanza ya que, efectivamente, la gente no posee vino y no tiene más que agua.

¡Y cómo este mensaje guarda su actualidad hoy! María habla a los más pequeños para mostrarnos lo que es absolutamente necesario saber, es decir preocuparse solamente de lo que es necesario, a la vez muy simple, y de una extrema importancia, accesible a todos e igualmente importante y posible para todos: Creer en Jesucristo, el fruto bendito de sus entrañas. Nosotros le agradecemos por su presencia maternal y le agradecemos hablarnos como una madre llena de benevolencia y de misericordia, aquí en este lugar preciso de una manera tan viva y expresiva. Y es por eso que con toda la Iglesia, alabando a la Madre de Dios y nuestra Madre celestial y saludándola como Reina y madre de misericordia nosotros le pedimos: “y después de este destierro muéstranos a Jesús, oh clemente, oh piadosa, oh dulce virgen María” Amén.

Traducción: María Perriau